

las que se usan para regar los jardines, lanzaban contra las vidrieras del piso segundo vigorosos chorros de agua que caían en espesa lluvia; otras lavaban las vidrieras con esponjas y trapos atados en la punta de cañas altísimas; otras limpiaban los llamadores y el herraje de las puertas; otras los escalones; otras los muebles que habían sacado de la casa; las aceras estaban atestadas de muebles, sillas, sillones, bancos; goteaba agua de las paredes; corría el agua por las calles; no había más que chorros y chapuces. ¡Cosa singular! siendo el trabajo en Holanda lento y tranquilo en todas sus manifestaciones, aquel presentaba un aspecto enteramente distinto. Todas aquellas muchachas tenían el rostro encendido, entraban, salían, subían, bajaban, se remangaban con furia, tomando actitudes acrobáticas que hacían resaltar curvas temerarias, sin cuidarse del que pasaba, como no fuera para echar á la gente, que no se arrojase á las aceras ni á las paredes. En fin, aquello era un barullo, un furor de limpieza, una especie de ablucion general de la ciudad, que hacia fantasear si seria un rito de alguna religion extravagante, que prescribiese purgar á la ciudad de alguna infeccion misteriosa de espíritus malignos.

DELFT.

Yendo de Rotterdam á Delft, ví por primera vez la campiña holandesa.

Es una llanura, una sucesion de verdes y floridos prados, recorrida por largas filas de sáuces y sembrada de grupos de encinas y de chopos. Véanse acá y allá puntas de campanarios, aspas de molinos, rebaños de grandes vacas blancas y negras y algun pastor, reinando la soledad en vastísimos espacios. No hay nada que hiera la vista, nada que resalte, nada que domine. De cuando en cuando, á lo lejos, pasa la vela de un buque que, deslizándose por un canal que no se ve, parece que se desliza sobre la yerba de los prados; y ora aparece, ora desaparece tras los árboles. La luz pálida dá á la campiña un no sé qué de melancólico; una bruma ligerísima lo hace parecer todo lejano; reina una especie de silencio para los ojos; una paz de luz y de colores; un reposo de todas las cosas, en el que parece languidecer la mirada y dormir la imaginacion.

A poca distancia de Rotterdam está la ciudad de Schiedam, rodeada de altísimos molinos de viento, que le dan el aspecto de una ciudad fuerte coronada de torres; y á lo lejos las torres de la población de Vlaardingen, que es una de las principales estaciones de la gran pesca del arenque.

Desde Schiedam á Delft, observé minuciosamente los molinos de viento. Los molinos holandeses no se parecen en nada á los decrepitos molinos que el año anterior habia visto en la Mancha, que parecen extender sus descarnados brazos al cielo y á la tierra en demanda de socorro. Los molinos holandeses son grandes, fuertes y llenos de vida, y Don Quijote, antes de atacarlos, lo hubiera pensado dos veces. Algunos son de fábrica, redondos ú octógonos, como torres de la Edad Media; otros de madera, y presentan la forma de una cajita clavada en el vértice de una pirámide. Los más tienen el tejado de pajas, ventanas con cortinas blancas, puertas pintadas de verde y en las puertas escrito el uso para que sirven. Además de absorber el agua, hacen un poco de todo: muelen el grano, machacan el trapo, muelen la cal, cortan leña, prensan las aceitunas, pulverizan el tabaco. Un molino equivale á una granja, y para fabricarlo, surtirlo de grano, de colza, de harina, de aceite y tenerlo en actividad y mandar al comercio sus productos, se necesita un buen capital. Por eso en muchos sitios la riqueza de los propie-

tarios se cuenta por el número de molinos; por molinos se calculan las herencias; de una muchacha se dice que tiene de dote tantos ó cuantos molinos de viento, ó de vapor, que son mejores, y los especuladores—que los hay en todas partes—piden la mano de la muchacha para casarse con el molino. Esta miriada de aladas torres, sembradas por el país, dan un aspecto singular á la campiña; animan la soledad; de noche, entre los árboles, tienen una apariencia fantástica, como de pájaros fabulosos que miran al cielo; de día, á lo lejos, parecen enormes máquinas de fuegos artificiales; giran, paran, se apresuran, se retardan, turban el silencio con su tic-tac sordo y monótono; y cuando, por acaso, se incendian—lo cual no es raro, especialmente en los molinos de grano—forman una rueda de llamas, una lluvia furiosa de harina ardiendo, un torbellino de nubes de fuego, un tumulto, un esplendor tremendo y magnífico que dá idea de una vision infernal.

En el wagon, aunque habia mucha gente, no tuve ocasion de decir una palabra ni de oirla. Eran todos hombres maduros, de cara seria, que se miraban en silencio, lanzando grandes nubes de humo á intervalos iguales, como si quisieran medir el tiempo con el cigarro. Cuando llegamos á Delft, bajé y saludé; alguno contestó con un ligero movimiento de labios.

«Delft, dice Messer Luis Guicciardini, se llama

así por el foso, ó puede decirse canal de aguas del Mosa que allí os llevan y ellos llaman vulgarmente á un foso Delft. Dista de Rotterdam dos leguas; es tierra verdaderamente grande y bellísima en todas sus partes, con buenos y bellos edificios y calles largas y alegres. Fué fundada por Godofredo, llamado el Jorobado, Duque de Lotaringia, que durante cuatro años ocupó el Condado de Holanda.»

Delft es la ciudad de las desgracias. Hacia la mitad del siglo XVI, un incendio la destruyó casi enteramente; en 1654 estalló un polvorin que voló más de doscientas casas; y en 1742 sucedió otra catástrofe de la misma clase. Además, allí fué asesinado Guillermo el Taciturno en el año 1584. Por añadidura, allí decayó y casi desapareció una industria que era su gloria y su riqueza; la industria de la mayolica, en la que los artistas holandeses habian comenzado por imitar los dibujos y las formas de las porcelanas chinas y japonesas y habian conseguido llegar á hacer admirables trabajos que reunian el carácter asiático al holandés, que se desparramaron por toda la Europa septentrional, y aun hoy son buscadas por todos los aficionados á aquel arte, casi tanto como los más bellos trabajos de Italia.

Ahora Delft no es ciudad industrial ni comercial; sus veintidos mil habitantes viven en una paz profunda; pero es una de las ciudades más gra-

ciosas y más holandesas de Holanda. Sus calles son anchas, surcadas de canales sombreados por dos filas de árboles, flanqueadas de casitas rojas, oscuras, rosadas, con fajas blancas, que parecen contentas de estar tan limpias; en cada enrucijada se encuentran y se corresponden dos ó tres puentes de piedra ó de madera con el pretil pintado de blanco; no se ve más que alguna barcaza que parece saborear la dulzura del ocio; poca gente, las puertas cerradas, ningun ruido.

Me encaminé hacia la iglesia nueva, mirando aquí y allá si estaban los famosos nidos de las cigüeñas; no ví ninguno. La tradicion de las cigüeñas de Delft está siempre viva y no hay viajero que escriba de aquella ciudad sin recordarla. Guicciardini la llama «cosa memorable y tal que no hay memoria de cosa semejante antigua ni moderna.» El hecho ocurrió durante el gran incendio que destruyó casi toda la ciudad. Habia en Delft innumerables nidos de cigüeñas. Hay que saber que las cigüeñas son los pájaros predilectos de Holanda; los pájaros de buen agüero, como las golondrinas; que son buscadas en todas partes porque hacen la guerra á los sapos y á los topes; que los aldeanos plantan palos con discos de madera en la punta para que hagan allí el nido y que en algunas ciudades se las ve pasear por las calles. En Delft habia innumerables nidos. Cuando estalló el incendio, que fué el 3 de Mayo, las

crias eran ya grandecitas, pero aún no podían volar. Al ver aproximarse el fuego, las cigüeñas padres y madres, trataron de poner en salvo á las pequeñas, pero pesaban demasiado, y despues de toda suerte de esfuerzos desesperados, los pobres animales, cansados y aterrorizados, tuvieron que renunciar á su objeto. Hubieran podido salvarse y abandonar las crias á su suerte, como hacen las criaturas humanas en semejantes casos. Por el contrario, permanecieron en sus nidos, reunieron en torno suyo á los pequeñuelos, tendieron sobre ellos sus alas como para retardar un instante más su fin, y así esperaron la muerte y quedaron exánimes en aquella actitud amorosa y arrogante. ¡Quién sabe si entre el horrible huir del incendio, el martirio, el sacrificio voluntario de aquellas pobres madres no devolvió el valor á algun pusilánime, que estaba para abandonar á quien lo necesitaba!

En la gran plaza donde está la iglesia nueva, volví á ver tiendas como las que ya había observado en Rotterdam, en las que todos los objetos que pueden atarse uno á otro están colgados fuera de la puerta ó en el interior, formando guirnaldas, festones, pabellones de fuelles, de cestas, de sillas, que caen del techo al suelo, y algunas veces ocultan el fondo de la estancia. Las muestras son como en Rotterdam; una botella de cerveza colgada de un clavo, un pincel, una caja,

una escoba y las cabezotas de costumbre con la boca abierta.

La iglesia nueva, fundada á fin del siglo XIV, es para Holanda lo que la Abadía de Westminster para Inglaterra. Es un gran edificio oscuro por fuera, desnudo por dentro; más bien prision que Casa de Dios. Las tumbas están en el fondo, detrás del recinto de los bancos.

Apenas entré, ví el espléndido mausoleo de Guillermo el Taciturno; pero el conserje me detuvo ante la tumba sencillísima de Hugo Grotius, el *prodigium Europe*, como le llama el epitafio; el gran jurisconsulto del siglo XVII; aquel Grotius que escribía versos latinos á los nueve años, odas griegas á los once, trataba tesis de filosofía á los catorce, que acompañaba tres años despues al ilustre Barneveldt á su embajada en París, donde Enrique IV, presentándolo á su córte, dijo: «Hé aquí el milagro de la Holanda»; aquel Grotius que á los diez y ocho años era ilustre como poeta, como teólogo, como comentador, como astrónomo, y hacia una prosopopeya de la ciudad de Ostende, que Casaubon tradujo en versos griegos y Malherbe en versos franceses; aquel Grotius que, contando apenas veinticuatro años, ejercía el cargo de abogado general de Holanda y de Zelanda, y escribía el célebre tratado de la *Libertad de los mares*; que á los treinta, era consejero pensionista de la ciudad de Rotterdam;

después fautor de Barneveldt, condenado á prision perpétua y encerrado en el castillo de Loevestein, donde escribió el *Derecho de la paz y de la guerra*, que fué mucho tiempo el Código de todos los publicistas de Europa; salvado milagrosamente por su mujer, que entró en su prision en un cesto—que suponían lleno de libros—lo hizo salir en el cesto, y ella quedó en su lugar; hospedado después por Luis XIII; nombrado embajador en Francia por Cristina de Suecia, y por último, vuelto triunfante á su pátria y muerto en Rostock cargado de años y de gloria.

El mausoleo de Guillermo el Taciturno está en el medio de la iglesia. Es una especie de templete de mármol negro y blanco, recargado de adornos y sostenido por pequeñas columnas, en medio de las cuales se elevan cuatro estatuas que representan la Libertad, la Prudencia, la Justicia y la Religión. Sobre el sarcófago yace la estatua del Príncipe, hecha de mármol blanco, y á sus piés la efigie del perrito que le salvó la vida en el sitio de Malinas, despertándolo con sus ladridos una noche que dormía en su tienda, á la sazón que dos españoles se acercaban para asesinarle á traicion. A los piés de esta estatua surge una hermosa figura de bronce que simboliza la Victoria, con las alas desplegadas, y apoyada en las puntas de los dedos del pié izquierdo; y en la parte opuesta del templete, otra estatua de bronce que repre-

senta á Guillermo sentado, revestido de su armadura, con la cabeza descubierta y el yelmo á sus piés. Una inscripcion latina dice que el monumento fué consagrado por los Estados de Holanda «á la memoria eterna de Guillermo de Nassau, á quien Felipe II, terror de Europa, tembló; pero no pudo dominar ni aterrar; y lo asesinó con nefando engaño.» Junto á Guillermo están sepultados sus hijos, y en la cripta, debajo de la tumba, todos los Príncipes de su dinastía.

Ante este monumento, hasta el viajero más frívolo y descuidado se siente como encadenado y obligado á meditar.

Es hermoso figurarse la enorme lucha cuyo vencedor descansa en aquella tumba.

De una parte Felipe II, de la otra Guillermo de Orange. Felipe II, encerrado en la siniestra soledad del Escorial, está en medio de un Imperio que abraza España, el Norte y el Mediodía de Italia, Bélgica y Holanda; en Africa: Orán, Túnez, las Islas de Cabo Verde y las Canarias; en Asia: las Islas Filipinas; en América: las Antillas, Méjico, el Perú; es marido de la Reina de Inglaterra; nieto del Emperador de Alemania, que le obedece casi como un vasallo; dueño, puede decirse, de Europa, porque no tiene alrededor más que pueblos debilitados por las discordias políticas y religiosas; tiene en sus manos los soldados más aguerridos de Europa, los más grandes capitanes del

siglo, el oro americano, la industria flamenca, la ciencia italiana, un ejército de delatores desparamado por todas las cortes, hombres escogidos de todos los países, devotos suyos fanáticos, instrumentos conscientes ó inconscientes de su voluntad, el más astuto y misterioso Príncipe de su tiempo; tiene todo aquello con que se encadena, se corrompe, se espanta y se arrastra al mundo: las armas, la riqueza, la gloria, el génio, la religion. Pues bien; ante este hombre formidable, en torno del cual todo se inclina, se levanta Guillermo de Orange.

Este hombre sin reino y sin ejército es más poderoso que él. Como él, ha sido discípulo de Carlos V, y ha aprendido el arte de erigir los tronos, pero también el de derribarlos; como él, es astuto é impenetrable; pero ve más profundamente en el porvenir con los ojos de su inteligencia. Posee, como su enemigo, la facultad de leer en el alma de los hombres; pero tiene sobre él la facultad de ganar los corazones. Tiene una buena causa que sostener; pero sabe servirse de todas las artes con que se sostienen las malas. Felipe II, que espía y adivina á todos los hombres, es espionado y adivinado por él. Los designios del gran Rey son descubiertos y desbaratados antes de ser puestos en práctica; manos misteriosas registran sus papeles y sus bolsillos y cambian sus cartas secretas; Guillermo, desde Holanda, lee en la mente de Fe-

lipe, que está en el Escorial; previene, pára, descompone todas sus tramas; socava el terreno bajo sus piés; lo provoca, huye y vuelve á aparecer perpétuamente ante él como un fantasma que ve y que no puede cojer, que coje y no puede destruir. Por fin muere; pero muerto, la victoria es suya, y la derrota, del enemigo que sobrevive; Holanda queda algun tiempo sin jefe, pero la monarquía española ha sufrido tal golpe, que ya no se levantará más.

En esta prodigiosa lucha, en que la figura del gran Rey se vá achicando cada vez más, hasta que desaparece de la escena del mundo, el Príncipe de Orange crece y se eleva hasta llegar á ser la figura más gloriosa de su siglo. El día en que siendo huésped del Rey de Francia descubrió el designio de Felipe, de establecer la Inquisicion en los Países-Bajos, aquel día se consagra á la defensa de la libertad de su pátria, y en toda la vida no vacila un momento en el camino que ha emprendido. Las ventajas de su nacimiento, una fortuna régia, la paz y la vida elegante que amaba por naturaleza y por costumbre, todo lo sacrifica á su empresa; queda pobre y proscrito, y en la proscripcion y en la pobreza rechaza constantemente los ofrecimientos de perdon y de favores que se le hacen de mil modos y maneras por su enemigo que lo ódia y lo teme. Rodeado de asesinos, blanco de las calumnias más atroces, acusado hasta de co-

bardía al frente del enemigo y del asesinato de una esposa adorada, mirado á veces con desconfianza, calumniado y hostigado por el mismo pueblo á quien defiende, lo soporta todo en silencio, con dulzura. Vá derecho á su objeto, afrontando peligros infinitos con ánimo tranquilo. No se pliega, no adula jamás al pueblo, no se deja llevar de las pasiones de su país; es el que lo guía, siempre á la cabeza, el primero; todo se agrupa en torno suyo; es la cabeza, la conciencia y el brazo de la revolucion; el foco que irradia y conserva el calor en la vida de su pátria. Grande por su audacia y su prudencia, procede íntegramente en un tiempo de perjurios y perfidias; permanece manso, en medio de hombres violentos; conserva inmaculadas sus manos, mientras todas las córtes de Europa se manchan de sangre. Con un ejército advenedizo, con aliados débiles ó dudosos, molestado por las discordias intestinas de luteranos y calvinistas, de nobles y burgueses, de magistrados y pueblo, sin ningun gran capitan, teniendo que luchar contra el espíritu municipal de las provincias, que recelan de su autoridad y escapan de sus manos, triunfa en una lucha que parece superior á las fuerzas humanas; cansa al Duque de Alba, cansa á Requesens, cansa á D. Juan de Austria, cansa á Alejandro Farnesio; deshace las tramas de los Príncipes extranjeros, que querian socorrer á su país para dominarlo; conquista sim-

patías y alcanza socorros de todas partes de Europa; y llevando á cabo una de las más hermosas revoluciones de la Historia, funda un Estado libre á despecho de un Imperio, que era el espanto del universo.

Este hombre tan tremendo y tan grande á la faz del mundo, era marido y padre afectuoso, afable amigo y compañero, amante de las reuniones alegres y de los banquetes, magnífico huésped. Era ilustrado; sabia, además del flamenco, el francés, el aleman, el español, el italiano, el latin; hablaba con discrecion de todas las cosas. Aunque tenia por sobrenombre el Taciturno (más bien por haber guardado largo tiempo el secreto descubierto en la córte de Francia, que por hábito de callar) era uno de los hombres más elocuentes de su tiempo. Era sencillo en sus maneras, modesto en el vestir, amaba al pueblo y se hacia amar de él; paseaba por las calles solo, sin sombrero; se entretenia con los obreros y los pescadores que le ofrecian de beber en sus vasos; escuchaba sus quejas, componia sus litigios, entraba en las casas á restablecer la concordia en las familias, y todos le llamaban el padre Guillermo. Y efectivamente, fué padre, más bien que hijo de su pátria. El sentimiento de admiracion y de gratitud hácia él, que aún vive en el corazon de los holandeses, tiene toda la intimidad y la ternura de un afecto filial; su venerado nombre aún resuena en todas las bocas; su gran-

deza, exenta de adornos y de velos, permanece íntegra, limpia, completa, como su obra.

Vista ya su tumba, fuí á visitar el sitio donde el Príncipe de Orange fué asesinado.

En el año 1580, Felipe II habia publicado un edicto, en el que ofrecia una recompensa de veinticinco mil escudos de oro y un título de nobleza al que matase al Príncipe de Orange. Este edicto infame, que excitaba á la vez la codicia y el fanatismo, habia hecho pulular de todas partes asesinos que giraban alrededor del Príncipe de Orange, con nombres y armas ocultas, espiondo la ocasion. Un jóven vizcaino, llamado Jáuregui, católico ferviente, á quien un fraile dominico habia ofrecido la gloria del martitio, fué el que hizo la primera tentativa. Se preparó con el ayuno y la oracion, comulgó, se cubrió de reliquias sagradas, penetró en el palacio del de Orange, y acercándose al Príncipe en actitud de presentarle una instancia, le tiró un pistoletazo á la cabeza. La bala le atravesó la mejilla, pero la herida no fué mortal; el Príncipe de Orange curó. El asesino fué destrozado en el acto con espadas y alabardas, descuartizado luego en la plaza pública, y sus miembros colgados en una de las puertas de Amberes, hasta que habiéndose apoderado de la ciudad el Duque de Parma, los recogieron los jesuitas y los ofrecieron como reliquias á la veneracion de los fieles.

Poco tiempo despues fué deshecha otra conju-

racion contra la vida del Príncipe. Un caballero francés, un italiano y un walon, que hacia tiempo lo seguian con el propósito de matarlo, fueron descubiertos y arrestados. Uno se mató de una cuchillada en la prision, otro fué ahorcado en Francia y el tercero logró huir, habiendo declarado que habian conspirado por órden expresa del Duque de Parma.

En este intervalo, los agentes de Felipe recorrian el país, instigando á los criminales al asesinato con la promesa de tesoros, y los curas y frailes instigaban á los fanáticos, ofreciéndoles la proteccion y recompensas del cielo. Algunos otros lo intentaron. Un español fué descubierto, preso y descuartizado en Amberes, y un rico negociante, de nombre Hans Iasen, fué muerto en Flesinga. Otros más ofrecieron su brazo al Duque de Parma, y habian recibido estímulos y dinero. El Príncipe de Orange, que sabia todo esto, tenia un vago presentimiento de su próxima muerte, lo decia á sus amigos, y negándose á tomar precauciones para asegurar su propia vida, respondia á los que le daban tal consejo: «Es inútil. Dios tiene contados mis años y dispone de ellos á su voluntad. Si hay algun miserable que no tema la muerte, mi vida está en sus manos, por mucho que me guarde.»

Ocho asesinos atentaron contra él antes del que logró su objeto.

Cuando esto sucedió, en 1584, cuatro crimina-

les, sin saber unos de otros, un francés, un inglés, un escocés y un lorenés, estaban en Delft, donde se encontraba el Príncipe de Orange, con propósito de asesinarlo y esperando la ocasión todos cuatro. Además de éstos había un jóven de veintisiete años, del Franco Condado, católico, que pasaba por ser Guyon, protestante é hijo de un tal Pedro Guyon, ajusticiado en Besancon, por haberse hecho calvinista. Este llamado Guyon, cuyo verdadero nombre era Baltasar Gerard, hacia creer que había huido de las persecuciones de los católicos, llevaba una vida austera, asistía á todos los ejercicios del culto evangélico, y había adquirido fama de santo en poco tiempo. Diciendo que había ido á Delft para tener el honor de ser presentado al Príncipe de Orange y admitido á su servicio, fué recomendado por un ministro protestante; le inspiró confianza y fué destinado á acompañar al señor de Schonewalle, enviado por los Estados de Holanda á la córte de Francia. Poco tiempo despues, volvió á Delft á notificar al Príncipe Guillermo la muerte del Duque de Anjou, y se presentó en el convento de Santa Agueda, donde residia el Príncipe con su córte. Era el segundo domingo de Julio. Guillermo, que estaba acostado, lo recibió en su alcoba. Estaban solos. Baltasar Gerard tuvo quizá en aquel momento tentaciones de matarlo; pero no tenia armas, se contuvo, y disimulando su impaciencia, respondió tranquilamente á todas

las preguntas. Guillermo le dió una corta cantidad de dinero, con la que compró dos pistolas á un soldado (que se mató cuando supo para lo que habian servido) y al dia siguiente, 10 de Julio, volvió á presentarse en el convento de Santa Agueda. El Príncipe Guillermo, acompañado de algunas damas y señores de su familia, bajaba las escaleras para ir á comer en una sala del piso inferior y daba el brazo á la Princesa de Orange, su cuarta mujer; aquella hermosa y desgraciada Luisa de Coligny, que en la noche de San Bartolomé había visto asesinar á sus piés al almirante su padre y á su marido el señor de Teligny. Baltasar le salió al encuentro, lo detuvo y le rogó que firmase su pasaporte. El Príncipe le dijo que volviese más tarde y entró en el comedor. Ni la sombra de una sospecha le había pasado por las mientes. Pero Luisa de Coligny, á quien la desgracia había hecho cauta y recelosa, se había turbado. Aquel hombre pálido, envuelto en una larga capa, le había causado una impresion siniestra; le había parecido su voz alterada y su rostro convulso. Durante la comida, manifestó sus sospechas á Guillermo, y le preguntó quién era aquel hombre "que tenia la más mala catadura que había visto." El Príncipe se sonrió; la dijo que era Guyon, la tranquilizó, estuvo tan alegre como de costumbre al comer, y cuando hubo terminado salió tranquilamente para volver á sus habitaciones. Gerard lo